

5. SEGUNDA LECCIÓN.

Primera parte: Definición de Ritual.

La magia ritual es una educación de la voluntad. Se trata de rendir la voluntad inferior a la voluntad superior – la voluntad espiritual – para que ésta pueda manifestarse y actualizarse; para que la voluntad inferior llegue a ser un canal de la luz de la sabiduría, de la compasión y del amor de nuestra naturaleza superior.

Hay que distinguir la magia ritual de la hechicería. En general, la hechicería, si sólo consiste en hacer filtros y conjuros y no va asociada con una práctica espiritual, no trasciende los planos, no se eleva más allá de Yesod. Usa poderes del plano astral – en Yesod construye su forma – pero no tiene un interés principal en elevar el nivel de conciencia. La meta de la magia ritual es precisamente la elevación del nivel de conciencia para la canalización de las fuerzas espirituales.

¿Qué es un ritual?

Un ritual, sea éste mágico, litúrgico o simplemente de la vida cotidiana, es una acción simbólica realizada con la intención de causar un cambio. En todo ritual hay una voluntad dirigida hacia una intención alrededor de la cual se construye una forma simbólica. Esta forma – simple o compleja – se actualiza mediante actos, que pueden implicar gestos, palabras, cánticos, movimientos, personajes, instrumentos, sustancias, tiempos, etc., y que actúan como vasija – receptáculo y canal de la fuerza – para que la intención pueda concretarse en el cambio deseado. El cambio puede ser de cualquier tipo: externo o interno, relativo al sujeto que realiza la acción o aplicable a otras personas.

El cambio, en lenguaje aristotélico, es una potencia que se actualiza. En el último punto del circuito, la actualización tiene lugar cuando la imagen Yesódica, compuesta de la forma mental de Hod y activada por la energía emocional de Nétsaj, toma “cuerpo” en el plano espacio – temporal de Maljút.

La intención consciente la proporciona Tiféret, que es quien dice sí o no, el que aprieta el interruptor, pero el principio del que dimana la acción ritual es la voluntad, un factor no disimilar al propio principio creativo, pues antes de ser pensamiento el impulso creativo es volición: voluntad de crear. Su raíz última está en Kéter – la Voluntad Suprema – en sí misma la primera creación de En Sof, el Infinito inmanifestado. De ella emanan las demás sefirot¹ en su flujo hacia la actualización creativa.

Como hemos dicho al principio, la magia ritual consiste esencialmente en una educación de la voluntad, la cual tiene muchos grados – tantos como niveles internos tiene el individuo – desde la voluntad inferior corpórea, pasando por la voluntad egoica, la voluntad de realización (o de ser plenamente uno mismo), la voluntad de trascender, de cumplir con el destino personal y el ideal colectivo, la voluntad espiritual, en suma, capaz de unirse con la propia voluntad divina. Cuando se alcanza este grado puede decirse que el individuo es un verdadero mago.

La regla es que lo inferior – que agrupamos bajo el término general de voluntad o deseo de recibir para sí mismo – debe someterse a lo superior – la voluntad o deseo de

¹ La Cabalá clásica usa más bien la palabra deseo en vez del término más moderno de voluntad. Así, el Zohar, se refiere a Kéter con el título del Deseo Supremo y a En Sof bajo el apelativo del Deseo de los Deseos.

dar – sin que ésta ejerza coerción o represión, sino por la vía de la autoconciencia y de la transformación.

Por todo ello, la magia ritual, parte integrante de la vía de la acción, es en sí misma un sendero de desarrollo espiritual.

Entendida como sistema de desarrollo y de realización del Tikún² – personal, colectivo y cósmico – la magia o cábala práctica, bastante denostada en general, en modo alguno es un tipo de actividad espiritual inferior. Puede y debe ser el complemento del misticismo puro y de la especulación filosófica. Las cábalas teórica, meditativo/devocional y práctica, incluyendo en ésta última la actividad ritual y el modo de vida, deben converger en el Entendimiento, la Sabiduría y la Corona supremas. La Realidad se muestra estructurada en tres pilares y diversos niveles. Es necesario aprender a unir todos entre sí.

Hemos dado a la palabra ritual la significación genérica de acción que se realiza con la intención de operar un cambio y en la que se usa simbolismo.

Por supuesto que la vida cotidiana está llena de rituales, la mayoría realizados de forma semiautomática o inconsciente.

Consideremos por ejemplo un caso común y bien conocido: un brindis. En una reunión social determinada, uno de los asistentes – quizá la persona más señalada para la ocasión – se pone de pie y levanta su copa. Formula una intención de bien y todos asienten y participan de ella bebiendo simultáneamente, generalmente después de hacer chocar las copas en un signo de unificación.

Se trata de una operación de Nétsaj (y del elemento agua) en el que se utiliza un objeto ritual tradicional, como es la copa. La copa puede contener nuestras emociones en Nétsaj o puede contener nuestro espíritu en Biná, en el océano cósmico de la vida.

Cuando se eleva la copa se realiza un cierto tipo de consagración. También es un ofrecimiento (hacia la Luz) y se espera una respuesta o descenso de lo alto. En particular se espera que las “aguas” que contiene queden preñadas con la intención satisfecha.

Se construye además un vínculo unitivo entre todos los asistentes (mediante el continuo del agua, cuya esencia es amor) creándose un aura común y dando lugar al momento de la velada de más alegría compartida. De ahí que los brindis se hagan por lo general al final de una comida (que tiene un sentido místico de participación en el cuerpo cósmico).

Los ejemplos de rituales de la vida cotidiana son innumerables. Si se les añade además una intención conscientemente formulada y una dimensión simbólica su potencia aumenta y se convierten en rituales mágicos. Por ejemplo, el lavado si se hace con la intención de purificarse.

Así, todo acto de la vida cotidiana es ritualizable desde el momento en que se conecta simbólicamente con su arquetipo. De hecho, la diferencia entre un ritual de la vida ordinaria y otro (o incluso el mismo) de alcance mágico o litúrgico estriba en el uso consciente del simbolismo, y aquí la palabra “consciente” incluye la carga de kavaná

² Tikún significa Rectificación (de la vasija) y tiene un aspecto individual y un aspecto colectivo, incluso cósmico. En cierto modo es una síntesis de los conceptos orientales de karma y drama, incluyendo tanto la rectificación de las consecuencias de las acciones – propias y ajenas – como la realización de la tarea o destino (o finalidad) para la que cada individuo en particular y todos en general hemos sido creados.

(intención dirigida) y el nivel al que es capaz de remontarse la persona por la escalera del Árbol de la Vida.

Si el símbolo no se utiliza como una imagen viva capaz de unir entre sí los niveles, el acto apenas alcanza trascendencia. La conciencia personal es una parte de la cadena, pero el verdadero artífice, en el sentido de poner en juego el nivel causal, es la naturaleza superior – la Chispa Divina – y en última instancia la misma Deidad. Por eso, la vía práctica, sistematizada y ritualizada, es una técnica de unión con la voluntad espiritual, trabajando en el sentido de su paso de lo potencial a lo actual.

El ritual específicamente mágico, tal como lo concibe la Tradición Occidental de los Misterios, se basa en el conocimiento de la jerarquía de fuerzas³, desde la Deidad⁴ hasta los niveles elementales, y en el uso del simbolismo universal para su activación y canalización (bajo la supervisión de los Poderes espirituales), con la intención de promover la Gran Obra. Ésta no consiste en otra cosa que en la recta evolución de todo, de acuerdo con el Plan Divino, lo cual se refiere tanto al desarrollo individual como colectivo. En este contexto, los términos Gran Obra y Tikún se consideran sinónimos.

Es importante comprender el papel de mediador que el símbolo representa. Éste se convierte en el puente capaz de unir las mentes consciente e inconsciente (incluyendo ésta última a la supraconsciente)

La mente consciente, hoy en día, habla un lenguaje esencialmente conceptual/racional. La mente inconsciente, por el contrario trasciende la racionalidad, lo cual no quiere decir que la contradiga necesariamente. Tan sólo cuando aquélla opera unilateralmente. En cualquier caso, ambas son capaces de hablar el lenguaje simbólico, que se convierte así en intermediario.

La comunicación consciente/inconsciente no es un mero intercambio de información, por interesante que ello sea. Es además un trasvase de energía. Porque el inconsciente es la sede de la energía psíquica, la cual conecta directamente con la energía cósmica, que es el origen de todo⁵. Esta energía carga los símbolos, que al ser asumidos y vividos por la mente consciente (por ejemplo mediante el ritual) liberan su potencial creativo y espiritual.

Mientras que el concepto tiene un carácter analítico (pues nace de la separación y diferenciación), el símbolo posee una cualidad sintética. En su imagen viva es capaz de integrar elementos complementarios, disimilares e incluso opuestos. Lo cual no puede hacer el concepto salvo que se renuncie al postulado de “tercero excluido” que está en la base de la lógica aristotélica. La actividad simbólica puede hallar, sin embargo, múltiples expresiones de la conjunción de los opuestos – uno de los grandes temas del simbolismo – y eso genera energía. De ahí que el simbolismo no sea sólo un modo de conocimiento. Es también un medio de transformación.

³ Un ritual mágico utiliza fuerzas determinadas de distintos niveles y planos del ser, generalmente afines o de la misma naturaleza que la intención que se quiere conseguir.

⁴ El ritual mágico en sí, si no se remonta por su arco superior hasta la raíz divina, produce un cortocircuito de los niveles espirituales, energizando los aspectos inferiores de la voluntad de recibir sólo para uno mismo, que es el asiento de la negatividad. Causa entonces más daño que bien, porque va en dirección contraria al desarrollo espiritual.

⁵ En Nétsaj se tienen las energías de la personalidad, en Jésed las energías del inconsciente, en Jojmá la energía cósmica.